

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

40

OCTUBRE-DICIEMBRE

1950

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. LUIS GARRIDO

Secretario General:

DR. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR-FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país \$ 11.00

Exterior Dls. 2.00

Número suelto \$ 3.00

Número atrasado 4.00

Sumario

ARTICULOS

	Págs.
José Gaos	<i>Lo mexicano en filosofía</i> 219
Eduardo Nicol	<i>Meditación del propio ser</i> 243
José Revueltas	<i>Posibilidades y limitaciones del mexicano</i> 255
Alfredo Gómez de la Vega.	<i>La actuación y dirección en el teatro mexicano</i> 275
José Domingo Lavín	<i>Notas sobre la clase patronal mexicana</i> 293
Raoul Fournier	<i>Cantinflas y la risa</i> 313
Juan Hernández Luna	<i>Primeros estudios sobre el mexicano en nuestro siglo</i> 327

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Raúl Cardiel Reyes	<i>La idea del descubrimiento de América.</i> (Edmundo O'Gorman.) 355
Elena Orozco	<i>Don Justo Sierra. Su vida, sus ideas y su obra.</i> (Agustín Yáñez.) 359

	Págs.
Luis García Romero	<i>Introducción a la lógica jurídica.</i> (Eduardo García Máynez.)
	365
Pedro Rojas Rodríguez	<i>El laberinto de la soledad.</i> (Octavio Paz.)
	370
Bernabé Navarro	<i>Filosofía mexicana del siglo XVI.</i> (Oswaldo Robles.)
	377
J. H. Luna	Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras
	383
Publicaciones recibidas	387
Registro de revistas	389

MEDITACION DEL PROPIO SER

1. Está México actualmente en una situación de gran actividad filosófica. Si los resultados que va presentando esta labor tuvieran solamente un interés teórico general, merecería naturalmente la pena de ocuparse de ellos con atención. Pero la actividad filosófica de México no se está desarrollando tan sólo en el plano de las ideas más generales, sino que ofrece una singularísima combinación de estas ideas con las reflexiones más concretas sobre el propio ser: sobre lo que provisionalmente llamaremos la esencia de lo mexicano, en relación con su historia y su cultura. Y como la excepcional importancia de este movimiento de ideas presenta caracteres de ejemplaridad, valiosos para toda nuestra América, es obligado que los difunda y realce quien aspire a que reciban todos el beneficio del ejemplo y la estimulación.

Sabido es que la filosofía positivista tuvo en México un gran arraigo, hasta la época de la Revolución, y que llegó a conjugarse con una cierta política y un estilo de vida muy caracterizado. Desde su crisis, no ha habido en México una filosofía que ejerciera sobre el medio la influencia que ejerció el positivismo. No disminuyó por ello la circulación de ideas; al contrario, la etapa siguiente, hasta el momento actual, se distinguió por una absorción cada vez más rigurosa, completa y metódica, de las filosofías clásicas y las contemporáneas. Esta labor, principalmente académica, se iba llevando a cabo al parecer sin conexión con los movimientos de ideas sociales, políticas y estéticas que tenían lugar en el país, y que servían para caracterizarlo en el momento. Incluso pudo parecer que la enseñanza estricta de la filosofía, y su cultivo en términos de universalidad, constituían algo así como un lujo que empezaba a permitirse la cultura en México, pero que no tenía conexión directa, en tanto que era un

lujo, con las necesidades de esa cultura: las necesidades eran problemas inmediatos. Sin embargo, esa labor filosófica de entonces preparaba el terreno para la solución de problemas futuros. Entretanto, las expresiones directas de un nuevo estilo y forma de vida, que con razón podía considerarse más autóctono que el afrancesamiento de la época anterior, se encontraban en los ensayos de reforma agraria, en la legislación social, en la consolidación de las instituciones de la República, en las obras literarias y en la gran pintura mural.

Pienso que ahora esa fase ha terminado. Era un fase de asentamiento, y ahora comienza a advertirse el servicio que prestaron a México aquellos maestros de filosofía que, sin descanso y sin ambición, en el recato de la cátedra, supieron poner sus propias ideas en conexión con las universales, y formaron discípulos bien capacitados por su información y por su técnica de trabajo. Antonio Caso es la figura sobresaliente de este período y de esta labor. A Vasconcelos habría que incluirlo más bien en el grupo de los que no se preocupaban de la universalidad, antes buscaban la inspiración exclusivamente en las esencias propias. Y como en filosofía es difícil proceder al margen de los cauces tradicionales, y no basta la originalidad de las inspiraciones para suplantar la herencia de la historia, de ahí el curioso contraste que presenta la obra de Vasconcelos. En ella se perciben, a la par, el ímpetu de una gran fuerza creadora, el hondo arraigo en la tierra propia, y la completa desconexión con los temas del pensamiento contemporáneo. Como autor, la universalidad que alcance Vasconcelos dependerá de ese empuje romántico que hace vibrar su obra y que precisamente la aísla y distingue, como un fenómeno único, de todas las obras de su tiempo. Es un gran mexicano auténtico que no pretende incorporarse a la universalidad. En Caso se descubren a la vez la mexicanidad auténtica y la ciudadanía del mundo.

Los dos movimientos pudiera decirse que se están reuniendo ahora; y esta conjunción de lo más autóctono con las ideas universales habrá de producir frutos de mucha sazón. Las nuevas generaciones de filósofos salen de la Facultad perfectamente pertrechadas. Han recibido una cabal información sobre la filosofía; conocen y han aprendido a revivir por cuenta propia los problemas que se abren en la primera línea del pensamiento contemporáneo. Han presenciado de cerca esa misteriosa tarea de la creación, esos momentos fugaces con que se premia la constancia del

trabajo, y en los que brota la llama de las ideas propias al contacto con las ideas clásicas. Saben de qué manera aquéllas se encuadran en éstas dentro de la secuencia de una tradición continua. Conocen el oficio y están al día. Pero a todo esto se añade algo que ningún profesor pudiera darles. Las técnicas para el manejo de las ideas les proporcionarían la capacidad de ejercer adecuadamente la enseñanza y de pensar con rigor conceptual los problemas comunes. Pero, más adentro que la vocación profesional —la cual puede recibir auxilios y estímulos exteriores—, está lo que llamamos la vocación de un problema, radicada en lo más hondo del propio ser, y determinante de su curso mucho antes de que pueda llegar a formularse con rigor y claridad. La vocación de un problema, el sentido de una misión y el empeño de cumplirla no pueden recibirse de fuera, porque surgen de una motivación interior, que se asienta en lo más propio del carácter, y lo cualifica y perfila; y de la feliz combinación de este factor personal con la oportunidad de una situación histórica.

Para las nuevas generaciones, el problema radical es el del propio ser; su misión es plantearlo con todo el rigor que les permite ya su formación, y a la vez con esta hondura de sentimiento que sólo dan las cosas propias. En esta coyuntura histórica, el tema de lo mexicano está siendo debatido en términos de filosofía universal.

2. Cuanto mejor proyectamos el futuro y anticipamos sus posibilidades, tanto más nos impacienta la tardanza del tiempo. Las cosas de la vida que podemos imaginar anticipadamente vienen muy lentas, en un ritmo de tiempo que no corresponde al de nuestra previsión. Quisiéramos que se produjera ya, en nuestro tiempo propio, aquello que tenemos la capacidad de prever y hasta de originar, y no tendremos acaso el privilegio de presenciar. Nuestra impaciencia es entonces como el signo de la incorporación del futuro en nuestro presente.

Todo el que quiera a su tierra es impaciente, pues el quererla implica anticipar su futuro. Sólo sentimos impaciencia buena por lo entrañable. La paciencia puede ser virtud menor del indiferente, del desengañado, o del que, sintiéndose superior, disimula en ella una tolerancia que puede tener mucho de frialdad y un poco de desdén. Y es gran virtud cuando la siente el hombre mirando a lo que le es más ajeno: la eternidad. Entonces él es un sabio, y su virtud es resignación. Pero el santo es un im-

paciente de eternidad, porque la siente próxima; y ¿quién dijera que su impaciencia vale menos que la paciencia del sabio?

Cuando el amor de la tierra propia inspira a la filosofía, tenemos una curiosa conjugación de impaciencia y de sabiduría. Ya no se trata sólo de averiguar lo que las cosas sean, que esta averiguación ha de hacerse *sosegadamente*; cuando tratamos de investigar lo que somos nosotros mismos, la tarea tiene siempre una intención, expresa o no, de mejoramiento, y entonces no sentimos impaciencia por concluir la tarea, sino porque llegué el día en que se cumpla la previsión que a ella la inspira.

La meditación mexicana sobre el propio ser es una empresa de arraigo y alcance nacional, aunque de momento no parezca repercutir fuera de los ámbitos intelectuales; y señala una etapa en la formación de la conciencia propia, a la que *no se hubiera llegado sin antecedentes*, y de la que no podrá salirse sin consecuencias saludables. Es la etapa de "la impaciencia de México", si se me permite la expresión. México se encuentra ahora entre dos tiempos, y en el paréntesis, la espera desespera. Hay vidas que sólo tienen un tiempo: las que llevan una carga demasiada de pasado; o las que apenas son vida todavía: esas que son mera promesa de porvenir indeciso. La impaciencia de México es una esperanza con decisión, porque tiene el privilegio de asentarse en un pasado. Pero el pasado es bien pasado, y no puede ya volver; y como la decisión presente de futuro no se cumple todavía, el momento que dura entre estos dos tiempos parece que no valga por sí mismo, como si no tuviera carácter propio, ni fuera suficiente afirmación: tan sólo afirma lo que no es todavía. De ahí la *fecunda impaciencia* de este interrogatorio sobre el propio ser, en busca de una conciencia propia. Pero, buscar lo que se llama, hablando de naciones, una conciencia propia, es ya tenerla en buena medida. Porque tal vez la conciencia no sea sino la capacidad de interrogarse.

3. En su fase actual, las investigaciones sobre lo mexicano se están produciendo con esa varia prodigalidad y ufanía con que la tierra bien dispuesta y fecundada regala sus frutos primaverales. Como nutridos y diversos son los frutos, así son variadas y abundantes ahora las ideas, los puntos de vista, los rasgos sueltos y los perfiles que se están ofreciendo del mexicano. Quien se desconcertara de semejante variedad, incluso disparidad, se privaría del gusto que han de proporcionar los frutos primerizos, que todavía no llegan a la plenitud robusta de su madurez, pero

que ya tienen sazón. Los hombres y la naturaleza son más animosos en primavera; y si la meta que los hombres alcanzan los deja satisfechos, pero privados de propósito, pensemos que tal vez sea más valioso el empeño que su cumplimiento. Y como en este empeño colaboran por igual filósofos y artistas, escritores, historiadores, sociólogos y psicólogos, es forzoso que el conjunto de sus aportaciones presente una apariencia de inconexión abigarrada.

¿Hay un orden, por debajo de esta apariencia? Un factor primero de unidad lo encontramos en un rasgo que precisamente parece contribuir al desconcierto: el pesimismo sobre el propio ser, o más bien la opinión desfavorable sobre ciertos caracteres de lo mexicano que revelan, de una manera expresa o tácita, quienes los analizan. Esto quiere decir que el análisis no aspira a una mera descripción del carácter, sino que lo guía una intención de reformarlo. La empresa toda tiene un profundo sentido pedagógico, aunque no haya llegado a formularse expresamente como tal, hasta el momento. Pero nunca se criticaría la manera propia de ser si no se tuviese el ánimo de cambiarlo. El afán de conocerse es un afán de ser, y no pudiéramos sentir este afán si el ser con que nos encontramos al conocerlo fuera inmutable.

Pero, además de este factor de unidad, que es de orden vital y moral, la empresa filosófica que se está llevando a cabo en México presenta otro de carácter teórico. Tiene diversos planos, y es necesario señalarlos todos para que se adviertan su coherencia y su común sentido. Tenemos, de una parte, esa profusa labor que pudiera llamarse de investigación fenomenológica, de la cual es objeto el mexicano en su concreción inmediata, y por cuyos análisis y descripciones se va haciendo acopio de rasgos distintivos y predominantes. Pero la tarea se inicia y se dirige desde un plano en que están claras la relación de lo propio con lo universal, y el condicionamiento vital e histórico de todo pensamiento y de la existencia misma.

Esta perspicacia filosófica sólo pudo lograrse asimilando el resultado entero de la tradición filosófica e incorporándose a ella con plena actualidad. Finalmente, de esa conciencia histórica y esa incorporación surge el propósito, aguzado todavía más por el dramático problema del propio ser, de elaborar una idea del hombre en que se inserte la idea del hombre mexicano: una teoría de la estructura permanente del ser humano,

que permita explicarnos todas sus variedades históricas, incluyendo la nuestra propia. La universalidad culminaría de este modo. Pero, sobre el tema de lo universal debemos añadir unas palabras.

4. Empleando provisionalmente una expresión que no es exacta, hemos dicho anteriormente que estas meditaciones de que nos ocupamos versaban sobre la *esencia* de lo mexicano. De una parte, es muy dudoso que, si el hombre en general puede ser definido esencialmente, las variantes propias de la mexicanidad constituyan una esencia: serían más bien un accidente particular de la esencia común y universal. Y de otra parte, la preferencia marcada por ideas del existencialismo que muestran los jóvenes filósofos del grupo Hiperión, los fuerza a rechazar de antemano ese concepto. Pero, ni es necesario que la filosofía de la existencia propia se haga en términos de existencialismo, ni lo es tampoco que esa meditación del propio ser conduzca a unas definiciones esenciales.

La particularidad del hombre mexicano, por ser una realidad concreta y bien determinada en el espacio y en el tiempo, no nos obliga a dedicarle un tratamiento meramente descriptivo, psicológico y sociológico, cuyo resultado fuera esto que llamamos una forma de vida: la forma de vida del mexicano. Pienso que es justificada la ambición de aplicarle un tratamiento ontológico, que nos aclare lo que es su ser: que nos revele cuál es el *modo de ser* del mexicano, en tanto que ser y en tanto que mexicano. El resultado de la pesquisa ¿tendrá que ser esencial, para ser válido y riguroso? Jamás podría serlo, porque la esencia de la mexicanidad no existe: existe su historia. Pero, de que la mexicanidad sea histórica, como toda forma humana de ser, no se infiere que nos veamos impedidos de examinarla en tanto que ser. Si tan sólo cupiera hacer ontología de lo que no cambia, entonces la ontología de lo histórico, y la del hombre muy principalmente, fueran empresas vanas: nunca pudiéramos hablar del ser, tratando de un ente particular y mutable, si no lo referíamos a la universalidad de su género; pero de este modo el ente pierde toda su particularidad o individualidad óptica o existencial.

Tratando de lo histórico, y del hombre por consiguiente, nos las habemos siempre con lo particular. Pero, como la particularidad es constitutiva, y no meramente accidental, detrás de lo particular no hay esencia ninguna que se esconda y que constituya la universalidad. La ontología del hombre se hace con particularidades.

¿Qué relación guardará entonces la particular idea del hombre mexicano con la idea universal del hombre? Que esta pregunta reciba una respuesta adecuada, es condición del valor y del alcance universal de la filosofía que hagamos sobre el hombre mexicano. Pero el camino hacia esta respuesta quedó ya indicado. Si no hay una esencia del hombre mexicano, tampoco la ha de haber del hombre en general. Pero no parece cierto que la idea del hombre en general haya de resultar entonces de una mera narración histórica, o de una suma de ideas particulares, o de una especie de disposición perspectivista de las múltiples visiones parciales. Al rechazar la idea esencialista del hombre no abandonamos el propósito de averiguar qué sea el hombre. Quiérese decir que la posibilidad de darle rango ontológico a nuestra meditación del hombre mexicano, o a cualquier meditación de una forma de ser humana determinada, no ha de tener por consecuencia la imposibilidad de hacer ontología del hombre en cuanto tal. Primeramente, cargamos la intención en lo particular y lo más propio; ahora tenemos que hacer lo mismo con lo universal. Y advertimos que tan sólo alcanzará pleno sentido nuestro análisis del propio ser, en tanto que ser, cuando logre fundarse y encuadrarse en la idea del ser (humano) universal. Todo consiste en que este ser no se conciba como esencia, sino como estructura.

En otras palabras: no hay una esencia inmutable de lo humano, que revista en cada tiempo y lugar un ropaje de accidentes mudables. Hay una forma de ser o estructura del hombre como tal, una manera suya de funcionar constante, la cual produce formas diferentes de existencia. Lo inmutable es esa forma o estructura; pero ella no está oculta tras las maneras particulares de ser, sino presente en ellas y bien patente a lo largo de su historia. Lo cual quiere decir que la forma que podemos llamar universal del ser humano no tiene mayor realidad que las formas particulares, como en la ontología tradicional tenía la substancia mayor ser que el accidente. Por esto cabe hablar de las formas particulares de ser en términos de ontología; y por esto también la ontología que versa sobre lo particular no excluye la idea universal del hombre, o la noción precisa y clara de su forma constante de actuar, sino que teóricamente la implica. El ser humano es histórico; pero después de haber asimilado bien esta noción de su historicidad, atendamos ahora con esmero a la noción de ser.

El hombre *es*, en tanto que histórico; y *es histórico*, en tanto que es. La historicidad no anula su entidad.

5. La otra universalidad, la que haya de lograr el pensamiento re-basando la esfera de su inspiración local, es un propósito inherente a la ocupación filosófica misma, la cual, entre nosotros, aquí y ahora, presenta ciertos caracteres interesantes. Y no es el menor de ellos, a mi entender, ese contraste entre la juventud histórica del hombre mexicano, en tanto que precisamente mexicano, y la *viejísima tradición que cargan los instrumentos de pensar que emplea*, en tanto que filósofo, para definirse a sí mismo. Cuando, en sus mocedades, el hombre griego trataba de pensarse a sí mismo, no disponía de conceptos tan abundantes y añejos como los nuestros, ni de la ilustración que aporta a nuestro menester la tradición histórica. Así ocurría que, para él, entre pensarse a sí mismo y pensar al hombre en general no había diferencia alguna que se advirtiera. De hecho, el filósofo griego aspiraba desde luego a la universalidad; no tenía noción de que las diversidades caracterológicas entre los hombres de culturas y épocas distintas afectasen para nada al ser mismo de estos hombres. Y si al proponer una idea del hombre incluía en ella rasgos propios, particulares helénicos, no era consciente en modo alguno de su interferencia. No pensaba que su particularidad fuera a imponerse a los demás, ni se sentía condicionado en su pensamiento por su situación vital e histórica.

Una idea del hombre no es una idea de imperio. La filosofía no es el producto de la decadencia del espíritu de un pueblo, como pensaba Hegel, pero tampoco es una forma de dominio que manifieste su plenitud. Los pensadores españoles de la época dorada hubieron de plantearse también el problema de la idea del hombre. Lo que en ellos suscitó el problema no fué tan sólo la situación de crisis del hombre europeo en el siglo xvi, sino principalmente la nueva humanidad descubierta en América, cuya existencia pareció trastornar súbitamente el cauce histórico, y perturbó el cuadro de las ideas tradicionales. La idea del hombre que ellos propusieron fué universal, porque logró integrar en unidad aquellas dos formas diferentes de existencia humana. Pero a la universalidad de la idea no contribuyó para nada la pujanza del poder político, ni inversamente, pues este poder se mostró declaradamente adverso a las implicaciones morales y políticas que contenía la idea, y no menos en

España misma que en América. Por otra parte, la idea platónica del hombre se va elaborando en el ocaso del predominio político y militar de Atenas.

En cuanto a la noción del condicionamiento histórico, e incluso personal, a que se halla sometida toda filosofía, se trata manifiestamente de una idea nuestra, del hombre moderno. Siendo así, la universalidad que alcanza sin duda alguna la idea griega del hombre se debe a que, sin dejar de ser por ello una auténtica idea del hombre griego, cala tan hondo en este ser particular, que en él se revelan caracteres permanentes del ser humano en general. Pero además, hay caracteres que no son permanentes, pero son hereditarios, y habiendo sido forjados en la actualidad de una existencia particular, se transmiten a otras existencia posteriores que mantienen con aquélla el vínculo de una continuidad histórica.

En lo humano, lo universal está presente en lo singular. Si el ser del hombre cambia históricamente, toda auténtica idea del hombre será a la vez particular y universal. Sólo partiendo de lo más propio puede llegarse a la universalidad: decir lo que yo soy es decir lo que es el hombre, aquí y ahora. Pero lo que es el hombre ahora contiene en sí la forma invariable de la condición humana, como ya advertía Montaigne; contiene rasgos heredados, que serán comunes a todos los hombres de la misma tradición histórica; y en fin, si nuestra idea del hombre y nuestra forma de ser presentan caracteres de suficiente fuerza vital, estos serán heredados históricamente por otros hombres, y su persistencia realzará la universalidad de nuestro pensamiento, así como el pensamiento realzaba ya nuestra manera particular de ser.

O sea que, más avisados que los griegos, merced a nuestro sentido histórico —e incluso que los medievales y modernos, hasta Hegel—, hoy procedemos igual que ellos, pensando lo particular y propio con una aspiración a la universalidad, pero sabemos de antemano el camino que ha de seguir el pensamiento inevitablemente para llegar a esa meta partiendo de la intimidad de lo propio. Y la eventual universalidad de nuestra idea del hombre podrá ser tan valiosa y auténtica en principio como la del griego, aunque la una no coincida con la otra. Ni pueden coincidir; pues aquello que constituyera en los tiempos de Platón la situación vital del hombre se ha alterado por la transfusión que han operado las sucesivas formas históricas de ser. El hombre como tal, además de su

básica estructura, lleva en su ser el resultado de esa acumulación de pasado. Permanece en nosotros algo de lo griego, que es lo más viejo de nuestro ser de hombres occidentales; y nuestra existencia presente va añadiendo novedades propias a este ser heredado, y transformándolo. Y como pensarlo es una manera de hacerlo, ocurre que la filosofía sobre el mexicano habrá de transformarlo a él, efectivamente. Por donde enlaza con la más estricta teoría ese sentido pedagógico y ético de las presentes meditaciones que antes indicamos.

6. Sin este sentido, la empresa no podría lograr todo su merecimiento. Muchos han señalado el hecho de que la preocupación general por lo humano, la predominancia específica del tema antropológico en la filosofía, se producen en situaciones de crisis, aunque no necesariamente de merma vital. Estas son épocas confusas, en que resulta imperativo distinguir ingredientes diversos que parecen estar amalgamados: la sofística, con su característico amoralismo; la intención de bondad que no juzga necesario apoyarse en una teoría ética, sino en la fortaleza y rectitud de la intención misma; y la filosofía teórica que no admite el divorcio entre la verdad y el bien. Una vez hecha la distinción, para el filósofo la opción no ofrece dudas. Sea cual sea su estilo personal de pensamiento, aunque establezca el tema del hombre en el centro de su filosofía sabrá eludir el riesgo de concebirlo como "la medida de todas las cosas". Que si bien es el hombre quien ha de dar la medida a muchas cosas, también es él quien se mide por las cosas a cuyo servicio se dedica. Y la filosofía es un servicio: no es algo que pongamos a nuestro servicio personal, sino algo a cuyo servicio nos rendimos; o mejor dicho, es la búsqueda de un bien cuyo servicio aumenta nuestra medida. El rigor con que la hemos de pensar no es entonces una exigencia puramente técnica, sino una obligación y una responsabilidad para con las cosas pensadas y para quienes escuchen nuestra palabra. No debemos olvidar que la sofística es también un humanismo, sin duda más cautivador y accesible que el socrático, como ya se hubo de ver en Grecia. Y la advertencia viene a cuento al recordar que Samuel Ramos, quien inició este curso de reflexiones sobre lo mexicano con su estudio del hombre y la cultura en México, señaló también hace años el camino que podía llevarnos *Hacia un nuevo humanismo*. Esta obra suya da el tono inicialmente a toda la empresa que se va llevando ahora a cumplimiento

No debiéramos pensar, por consiguiente, que sean ajenos a la preocupación nacional de cada lugar los filósofos que no se la plantean expresamente. Quienes abordan el tema del hombre sin especificaciones no están ni pueden estar desvinculados de la tarea de quienes precisan el tema y lo concretan en el propio ser; pues, de una manera tácita o expresa, el problema del ser propio es el que da la inspiración y la motivación originaria a todo pensamiento universal sobre el hombre. El menester teórico, el manejo de las ideas que se llaman puras, no se efectúa en un terreno neutro y esterilizado, adonde no llegaran el calor de la tierra propia y la palpación del hombre real. Pero, por otro lado, el hecho tan reconocido de que el hombre vive en relación con su circunstancia, y la necesidad de pensar esta circunstancia suya, no significan que el pensamiento haya de permanecer encerrado en ella, frenado de sus ímpetus de teoría. Que una cosa es arraigar en la propia circunstancia, y otra es hacer filosofía puramente circunstancial. Creo advertir que la tarea filosófica de los mexicanos que investigan el *propio ser* no tiene nada de circunstancial: no presenta caracteres de pensamiento localista, hecho de particularismos y tipismos y nacionalismos. Tiene arraigo en lo más propio, de lo cual se hace problema, y tiene además ambición justificada de universalidad. El beneficio para la nación proviene de ese arraigo; el beneficio para la filosofía habrá de consistir en esa universalidad.

7. Esperemos que no caigan en el circunstancialismo los pensadores de otros sitios donde cunda el ejemplo de los mexicanos. Pues, como plan de conducta intelectual, este que se lleva a cabo entre nosotros puede ser adoptado por cualquier otra nación de nuestra América. Los modos de la ejecución habrán de ser desiguales, pues lo son también las condiciones de cada situación histórica. Pero el problema es vivo en todas partes, y no sólo en América; y esta universalidad del problema nos presenta la necesidad de pertrecharnos, para acometerlo debidamente, con los instrumentos de pensar que sólo puede facilitarnos la filosofía universal. No puede nacer una filosofía autóctona, una filosofía que sea propia por sus temas y su estilo, que no derive de la filosofía universal o no vaya a insertarse en ella. La reflexión sobre lo mexicano, sobre lo venezolano o sobre lo argentino, no podrían rebasar la esfera de

sus circunstancias locales si no partieran ya de una base universal, y con impulso suficiente para regresar a ella después del recorrido.

En estas naciones nuestras, las influencias heterogéneas, la pérdida de un carácter tradicional que no ha sido todavía substituído por otro bien definido, el derroche de energías y la variedad de empresas materiales dan testimonio de un cuidado predominante por el cuerpo nacional. Y hay que cuidar, en efecto, de la tierra descuidada, que dominar su crueldad: sanear y ejercitar el cuerpo de la nación. Pero las naciones no acaban de serlo si no tienen o laboran por forjar un alma propia; la cual no es sólo una pasión de ser, sino una disciplina y estilo de carácter, o sea un *ethos*. Los negocios del alma, que son negocios éticos, no se hacen con mercancías. Terrible cosa fuera, esta de perder el alma en la prosperidad del cuerpo. ¿Quién podrá decir lo que le conviene al cuerpo, si antes no decide a qué fin se destina el cuerpo mismo?

En México no existe el gran peligro que se advierte en otros sitios de América: el de no buscar el alma, o de que el afán de buscarla quede ahogado por el de tener el cuerpo en forma, y rebosante de poder. Escritores, filósofos, artistas, han venido a mostrar recientemente que no sólo colaboran a la búsqueda *individualmente*, con su obra personal, sino que saben integrar los esfuerzos en un empeño común, dotado de sentido preciso y definido. Ese tiempo entre dos tiempos que es el nuestro, ellos lo convierten en un intervalo germinal. La única manera de "matar el tiempo" intermedio es ganarlo con la esperanza. Y la esperanza de ser es la que *anima* esta búsqueda del *alma* propia. Todo el mundo busca, menos el desesperado. La desesperación es el signo del tiempo perdido. La historia marcha acumulando novedades. Bien está, pues, el afán juvenil impaciente de novedades; que la vejez, como se dice en *La Celestina*, "no es sino mesón de enfermedades, manzilla de lo pasado, pena de lo presente, cuidado triste del porvenir".

Y no habrá que cejar en el afán. Porque el alma nacional, como la propia del individuo, no da nunca descanso, cuando ya se tiene, y se tiene ya cuando se busca. Tener un alma es ejercitarla sin reposo. La primera posesión es el deseo; que a veces la posesión culminante importa una renuncia: la saciedad destruye la esperanza, y por esto es un sentimiento de pasado.

EDUARDO NICOL.